

ALGUNAS NOTAS REFLEXIVAS DEL DISCURSO HISTORICO DE LA ARGENTINA FINISECULAR. SIGLOS XIX y XX

Liliana J. Ferraro*

Al interrogarnos sobre el devenir de nuestro país, pensamos como historiadores que el futuro debe ser mirado desde el pasado, por eso estas notas dan cuenta de la pretensión de indagar la Argentina en el discurso histórico; y centrar esa reflexión en las particularidades de la identidad nacional, sus cambios, sus continuidades y sus crisis sufridas en el transcurso de dos fines de siglos: el XIX y el XX.

Esta identidad nacional, que es parte constitutiva de la realidad y de la política, está planteada en el discurso histórico de aquellos interesados en las contingencias de la patria. Queremos así también, destacar algunas fuentes históricas, culturales y políticas que nos aproximen a una definición del ser argentino y a su destino como nación.

De las lecturas que se realicen de la historia, de la sociedad, de sus ideas políticas, de la cultura, de los valores de cada momento en el devenir de un nación y del mundo en que se encuentra inserta, podemos, creemos nosotros, explicar el ser de esa nación.

Comencemos entonces por definir la Patria como un concepto policémico complejo impregnado de historicidad. Patria como sentimiento que de carácter individual se transforma en colectivo; y a esa corporación social mística de la patria, la llamamos nación. Nación como vínculo homogeneizante del pueblo. Percepción de nacionalidad que transforma a los individuos de un país y les da coherencia social.

Sentimiento colectivo hacia la patria que, según Ernest Renán, hace que la Nación sea: *...una voluntad de unión para un obrar común en el futuro, basado en un legado recibido del pasado...* Nación como... *un alma, un principio espiritual*. Alma que sé desdoblada primero en un pasado de recuerdos, de glorias, de sacrificios, de dudas y legados comunes; y segundo, en un presente de vida. Lo que constituye lo nacional no es solo el hablar la misma lengua, sino el haber hecho grandes cosas en el pasado y querer hacerlas en el porvenir en el futuro cercano y lejano a la vez. En fin, el ser *Nación es un*

* Profesora titular de la Cátedra de Historia Argentina Virreinal e Independiente. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

*plebiscito diario*¹.

El discurso histórico argentino decimonónico revela que fue la generación del 37 la que adoptó un común programa ideológico el cual, con el tiempo, se convertirá en profundo y trascendente.

Para estos hombres la conciencia nacional existía desde un pasado, en las particularidades locales, en la historia, en la geografía, en los usos, costumbres, lengua y religión, razón por la cual, en un primer momento en los años del Salón Literario, ven en Rosas a la auténtica conciencia nacional. Desengañados, poco tiempo después, se presentarán como los superadores de las dos ideologías enfrentadas: unitarios y federales; y plantearán una doctrina historicista que admitirá la eficiencia de la razón y de la libertad, y que buscará mantener las metas ya propuestas por la generación de Mayo².

Los hombres del 37 lucharon por la emancipación total del país abarcando todos los aspectos de la vida de la nación, concluyendo que era indispensable para su proyecto la formación de una conciencia nacional. Por ello fue la democracia *el principio*, el hilo conductor del desarrollo político y social.

Pusieron su fe en el progreso y vieron en la Constitución el instrumento jurídico-político de una comunidad concreta. Orden y gobiernos fuertes como garantías de los derechos; en otras palabras el interactuar del progreso pacífico y del orden fueron las columnas sobre las que se apoyaron lo institucional y moral.

Ninguno de ellos hizo filosofía sino que su pensamiento conformó un bagaje histórico con que se dispusieron a explicar la realidad del país y proyectar una política que respondiera a aquella interpretación. Generación señera dentro del pensamiento político ya que pensó y ejecutó la organización del Estado Argentino.

Después de Caseros, la acción política de los proscritos, como se los llama, produjo la reorganización del país con la sanción de la Constitución Nacional 1853-1860. La República representaba entonces un desafío, porque era necesario crear las bases materiales e institucionales que sustentaran su organización. Las consignas, de carácter imperativo, expresaban todos los proyectos de la generación: *gobernar es poblar; educar al ciudadano; crear riquezas; establecer la paz y orden para permitir el desarrollo del progreso.*

Hacia 1880 los hombres que condujeron la política nacional fueron los

¹ Renán, E., 1987: 82-83.

² Pró, D., 1965: 23.

que le dieron la fisonomía de un Estado moderno: Julio A. Roca, Carlos Pellegrini, Eduardo Wilde, Aristóbulo del Valle, José M. Estrada, Pedro Goyena, Miguel Cané, Estanislao Zeballos, Roque Sáenz Peña, Indalecio Gómez, Emilio Civit y otros, que descollaron en la función política, parlamentaria y literaria y pusieron al país en marcha.

Esta generación, la del 80, estuvo filiada, ante todo, por la ideología liberal positivista que imperaba en el mundo occidental de entonces. La actividad intelectual argentina, en esta época definió su fisonomía cultural, caracterizada principalmente por devoción a Francia; no solo desde el punto de vista ideológico-político sino literario. Si bien este pensamiento positivista fue la piedra angular sobre la que se asentó el sistema jurídico institucional del Estado y el progreso civilizador, el *modus operandi*, el *programa de acción*, coexistió con elementos *eclécticos, cristianos, racionalistas y krausistas*³.

En el caso argentino el positivismo constituyó una etapa cultural cuya influencia se hizo sentir en todo los dominios del espíritu. Se manifestó en lo pedagógico, en lo ético, en lo sociológico, en lo historiográfico, en lo artístico y en las ciencias naturales, pero enmarcado en las características propias de la realidad nacional.

El 80 reflejará una acertada síntesis histórica de los principios formulados en Mayo. Se dará el paso como lo planteara Juan Bautista Alberdi, de la *República posible a la República verdadera*.

Esto implicó la legitimación de un Estado fuertemente centralizado, inclinado por gobiernos cesaristas cuyo mejor ejemplo en Argentina lo constituyó Roca. Matizada por el darwinismo social, la nueva realidad creada por el fenómeno inmigratorio hará surgir una nueva *relación Estado-masa*, generando un claro replantamiento de la cuestión "nación". El positivismo fue usado como una instancia interpretativa del pasado nacional.

Así los hombres de esta generación marcaron para la Argentina un rumbo político, económico, social y cultural que caracterizó el proceso de transformación del Estado, que fue acompañado por una notoria movilidad social y una modernización cultural, pero que en muchos aspectos tuvo una carga fuertemente materialista. El programa del 80, se esquematizó con el lema Paz y Administración que implicó poner en marcha un conjunto de medidas económicas destinadas al desarrollo de los recursos materiales en íntima vinculación con las medidas políticas adoptadas.

El cambio sustancial que se operó en la vida argentina se manifestó en la

³ Biagini, H. (compilador), 1985. Sobre el positivismo véase Terán, O., 1987.

búsqueda de un camino que marcará profundas transformaciones. La Argentina era una promesa que escondía una tierra feraz, abierta a la inmigración, la que debía modificar la composición de su población nativa. No solo había que poblar sino que se exigía remplazar la estructura demográfica.

Por eso, estos cambios implicaron una transmutación axiológica que marcarían a la Argentina finisecular. Hay un proceso de disolución de las creencias y valorizaciones de las tradiciones hispanocriollas⁴. Los intelectuales argentinos eludieron pronunciarse sobre la cultura vernácula o bien impugnaron la problemática en torno al ser nacional desvalorizando las tradiciones e inclinándose ante el cosmopolitismo.

No obstante apuntaron a desentrañar el dilema de la nacionalidad con una fuerte carga antropológica influenciada por el evolucionismo darwiniano.

Algunos políticos e intelectuales llevaron hasta sus últimas consecuencias los principios de la política civilizadora cuyo paladín había sido Sarmiento. El impacto prolongado de su pensamiento civilizador, se constituyó en un eslabón espiritual entre su generación y la que le precedió. El positivismo volcó buena parte de sus fuerzas a desentrañar el dilema de nuestra identidad, el que fue encarado desde un conocimiento empírico-descriptivo y genético, con enfoque etnocéntrico, donde predominan categorías como *la raza y la herencia*.

Al interrogarse sobre *el carácter nacional, sobre el sentido de nuestra nacionalidad*⁵, el discurso histórico de los hombres del 80, reflexiona, sobre la Argentina de forma particular y van hacia el *pasado para establecer nuestras claves psicológicas y espirituales*.

Autores como el mendocino Agustín Alvarez⁶ marcarán en sus escritos la necesidad de desentrañar, desde una óptica ético-política las falencias de la nacionalidad con la impronta de buscar las soluciones necesarias para obtener una nación moderna.

Figuras como Carlos Octavio Bunge⁷ analizará a la patria a través de sus rasgos psicológicos, proponiendo desentrañar lo bueno y lo malo que en ella había, estudiando las influencias de los elementos españoles, indígenas y negros para definir, a través de sus características y sus mestizajes, la psicología hispanoamericana.

Otro discurso histórico positivista, muy difundido dentro del campo

⁴ Pró, D., 1968: 235-236.

⁵ Biagini, H., 1985: 27.

⁶ Álvarez, A., 1934.

⁷ Bunge, C. O., 1905.

cultural argentino, corresponde a José Ingenieros⁸. Sus obras contienen estudios que se abordan desde la psicopatología, la criminología, la sociología y la filosofía, buscando encontrar las vinculaciones entre la teoría y la política.

En este autor “la inmigración” y “la cuestión social” toman una dimensión de relativa importancia, ya que encauza su misión al proponer un mecanismo institucionalizado de nacionalización, por el que la nación, debería ser imaginada como un disparador de reformas integradoras, las que serían acompañadas por la educación de la clase obrera y el mejoramiento de las condiciones de vida.

Opinamos que no todos los positivistas repudiaron el patriotismo, los valores populares y autóctonos, las fuentes hispánicas o el espíritu religioso. Muchos de ellos se inclinaron por el pasado para establecer las claves psicológicas y espirituales de lo nacional. Destacamos en esta posición a J. V. González, Juan A. García y Francisco Ramos Mejía, entre otros.

Para concretar, al concluir el siglo XIX el liberalismo en la Argentina privilegió el progreso material, condición sine qua non para alcanzar la libertad política. En esta sociedad se priorizó el ejercicio de las libertades civiles y económicas sobre las políticas poniendo el acento en un proyecto de educación para lograr que sus habitantes se convirtieran en ciudadanos de la República. De ahí las acciones educativas de los presidentes Sarmiento y Avellaneda. Estos principios no solo tendieron a captar a los naturales sino a integrar a los extranjeros a la vida política.

En 1910, año del Centenario, la Argentina realizó con un resultado satisfactorio el balance del siglo XIX vivido. La concepción del progreso positivista señalado, se manifestó en un clima de euforia y optimismo, acompañado por una creciente prosperidad económica y por la certeza de un *destino manifiesto* que nos llevaría a convertirnos en la gran potencia mundial, objetivo al que aspiraba lograr la elite dirigente.

Al celebrarse el Centenario, los hombres del 80 habían cumplido prácticamente su ciclo. La generación de 1910, si bien nació en el contexto histórico de la Argentina liberal, pretendió una regeneración espiritual centrada en la necesidad de transformar las instituciones y los hábitos políticos. El reformismo marcaba así la declinación de una época, con la promulgación de la Ley Electoral de 1912.

Los liberales reformistas del 10 trataron de definir y encontrar a la Argentina dentro de un marco de profunda crítica social; sus manifestaciones

⁸ Ingenieros, J., 1988 y 1999.

giraron en torno a la reforma del sistema político, como base de un nuevo nacionalismo que intentaba volver a las raíces. Se veía así una Argentina que se presentaba bifrontal que condensaba a la vez la amenaza y la confianza, el optimismo y la inquietud.

Preocupados por la búsqueda de una identidad espiritual que los alejara del crudo materialismo marcado por la generación anterior, buscaron sus raíces en América y España. Una manifestación literaria y política de este cambio fue la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, dirigida por Rodolfo Rivarola, la que se convirtió en vehículo de esta *política de principios*, donde se pretendió encarnar el espíritu reformista en lo institucional y social⁹.

Hombres de letras como Manuel Gálvez iniciaron el cambio hacia una reforma espiritual de la nación, ejemplificado en dos de sus obras de carácter histórico y social, *El Diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la Vida Argentina* (1910) y *El Solar de la Raza* (1910).

De gravitación intelectual-cultural para la Argentina fue Ricardo Rojas que, a través de algunas de sus obras como *La Restauración Nacionalista* (1909), *El Blasón de Plata* (1910), *La Argentinidad* (1916) y *Eurindia* (1923), buscó una ferviente y mística apelación a la argentinidad telúrica.

La reforma moral e intelectual propuesta por Ricardo Rojas abría la expectativa de un nuevo movimiento que conjugara a la vez las demandas de la democratización de la vida política con la nacionalización de la cultura del país; es decir, la reforma social con la tradición criolla. El acento se pondrá, por lo tanto, en una educación con carácter nacionalista, logro que se alcanzaría por medio de la enseñanza de la historia argentina y de las humanidades en general.

Queremos ponderar aquí la figura de Joaquín V. González uno de los hombres que influyó en el pensamiento político y cultural del país, al marcar ideas directrices que pretendieron conformar el ser nacional y los ideales democráticos de la República.

El discurso histórico inserto en la vasta producción gonzaliana centra su ideal en la Patria, a la que va dando enfoques sentimentales, literarios o intelectuales.

La formación de la patria está, a lo largo de su obra, sustentada en principios sólidos y profundos y es una de las fuentes para encontrar el ideal de República que añoró y buscó permanentemente. Presenta a la patria desde varios aspectos; desde el sentimiento estético en obras como *Mis Montañas* (1891), *Música y Danzas Nativas* (1920) y *Fábulas Nativas* (1923); desde un

⁹ Ferraro, L. J., 2005: 137-154.

enfoque intelectual, histórico y sociológico como se advierte en sus libros *La Tradición Nacional* (1888) y *El Juicio del Siglo* (1910) y desde el enfoque intelectual-filosófico que se acentúa especialmente en sus textos *Patria* (1900) y *Patria Blanca* (1922).

Para Joaquín V. González, la formación de la patria, desde una perspectiva histórica, es el resultado de leyes que explican la sociedad; ideas que hacen referencia a la raza, al ambiente y al tiempo histórico. En su pensamiento político, los conceptos patria, nación, Estado y democracia se irán entrecruzando y conformando una trama singular.

Patria escrita en 1900 y *Patria Blanca* que es de 1922, nos ayudan para destramar, desde el punto de vista filosófico-intelectual, las ideas de Joaquín V. González con respecto a su concepción de Patria.

La formación de la Patria se explica, entonces, por las vinculaciones del hombre al suelo, a la influencia ética y a la tradición el patriotismo aparece como una religión terrena, que tiene un componente divino.

Singularizamos en este contexto la presencia ideológica del krausismo como manifestación del espiritualismo que se inició en nuestro país a partir del “romanticismo social”, y se difundió en forma ininterrumpida hasta 1930. Cultores de estas corrientes ideológicas, formado principalmente en la Universidad de Córdoba y que se destacaron en los campos jurídicos, pedagógicos y políticos, fueron entre otros a Wenceslao Escalante, Carlos Vergara, Julián Barraquero e Hipólito Yrigoyen¹⁰.

Desde el krausismo las ideas, referidas a la teorías orgánicas de la sociedad y del Estado están muy bien definidas en la obra de Joaquín V. González y se universalizarán en su pensamiento al final de su vida cuando se muestra convencido íntimamente de la existencia de *...un común destino de todas las naciones de la tierra, hacia un punto del tiempo futuro señalado por una constelación de tres estrellas que en el mapa sidérico llevan los nombres de ideal, justicia y belleza. Las tres se forman metafísicamente de un elemento de unión y cohesión que es el amor como una fuerza activa y fundante. Lo contrario es odio y despotismo...*¹¹.

Joaquín V. González buscó el ideal de la justicia universal como el camino de perfección, como supresión de la guerra y como fundamento de un estado social en coordinación con el establecimiento de un sistema jurídico universal al que se podía llegar por la labor continua de la ciencia, y por la

¹⁰ Roig, A., 1969.

¹¹ González, J. V., 1935: 316.

cooperación consciente de los pueblos. Estos postulados, los seguirá manteniendo hasta los últimos años de su vida.

En el discurso histórico de J. V. González es ineludible destacar otra idea-fuerza la educación; la educación para concretar su ideal de patria; Este argentino expresó que se debía educar para formar ciudadanos para la democracia y la república; por eso puso el acento en el aprendizaje de la historia, elemento fundamental para la educación moral y cívica de la juventud, que actúa en la formación de los ciudadanos con verdadero sentido democrático, moldeando así el alma de la nacionalidad.

Para González no existía, en el país una educación que se conectara con la esencia o el espíritu de la nacionalidad. Su ideario pedagógico, de hondo contenido realista y argentino, es lo que se conoce como *La Política Espiritual*. Nacionalizar la educación implicaba que, frente a las contradicciones e incoherencias, se estableciera una educación enérgica y eficiente para la República, en la concepción de su Estado y en su forma de gobierno. No significaba, sin embargo, una centralización absorbente y burocrática del sistema administrativo.

Al reflexionar sobre nuestra propia historia nacional, González llegó a la conclusión de que el odio de partidos era una tara ancestral, razón por la cual se despertó en él la necesidad por el estudio de todo lo que inspire a la concordia, a la tolerancia y a la benevolencia entre los hombres, demostrando entonces su afinidad con el pensamiento de Rabindranath Tagore, ideas que fueron llevadas al campo de la acción política y pública en sus últimos años.

De estas meditaciones gonzalianas derivará una concepción democrática que no sólo aspira para su país sino para el mundo entero. Prefigurando, tal vez, una idea globalizadora tal como se trasmite en la actualidad. Una democracia entendida como un estado del alma colectiva con la que cada individuo se sentiría identificado.

En el ámbito académico no quiero dejar de recordar su logro máspreciado: la creación de la Universidad Nacional de La Plata de la que fue su presidente desde 1905-1918 e interrogarnos... ¿Con qué vuelo, con qué proyección pensó Joaquín V. González a la Universidad de la Plata?

La pensó como una misión nacional y política, que debía preparar a los *hombres y a las ideas* que conducirían a la nación tanto en las épocas normales como en tiempo de crisis.

Debía *educar en y para la libertad* como base de la asociación política; concepto que se complementaba con el de la libertad *que haría uno* el espíritu universal fundando la fraternidad entre las naciones. Debía la Universidad

hacer de la patria un lugar libre, culto y fuerte para contribuir al orden internacional y a la libre determinación de los pueblos; debía formar en el espíritu de la verdad; extender la idea de la democracia bajo los principios, e insistimos, de la libertad como garantía de los estados pequeños en un sentimiento de igualdad.

Hacia 1920 González consideró que quedaba, aún mucho camino por recorrer. *Sintió en forma apasionada y buscó el ser y el deber ser de la argentinidad*. La Argentina finisecular advirtió los riesgos de la imitación desmedida y del cosmopolitismo, que se reflejaban en la pérdida de los valores tradicionales. Creemos que la personalidad de este riojano, como hombre del interior se impregnó de la sensibilidad del espíritu de su tierra en una conjunción de indigenismo e hispanismo.

La influencia de su pensamiento puede rastrearse en algunos hombres de las generaciones posteriores; por ejemplo traemos a colación escritores como Alberto Rougés, Juan Terán, Rodolfo Rivarola, Coriolano Alberini, Leopoldo Marechal, y Eduardo Mallea, entre otros¹².

En algunas líneas del pensamiento de Alberto Rougés, se plantea su ruptura con el positivismo y la búsqueda de la esencia de la argentinidad, aunque Rougés lo realice por la vía filosófica, puede apreciar ese llamado a lograr una mayor “interioridad”. En él hay una pasión evidente por todo lo argentino, por rescatar del pasado la tradición y la cultura nacional. Circunstancias que despertaron en este filósofo una preocupación por temas como la educación, la familia, la sociedad y la economía, en la búsqueda de una cultura propia.

En cuanto a Eduardo Mallea, figura literaria más que política, en su ensayo testimonial de la *Historia de una Pasión Argentina* escrita en 1937 aparece el cuestionamiento de la identidad argentina al intentar enraizarse en los problemas del país *reclamando una toma de conciencia frente a la crisis nacional*. Hay en él una indagación de lo íntimo de la nacionalidad. En su diagnóstico plantea los interrogantes de toda una generación. Reflexiones profundas que transitan entre la apariencia y la realidad¹³.

Así como a fines del siglo XIX sus principales exponentes tuvieron preocupación por todo lo argentino. El siglo XX y sobre todo las décadas posteriores a los años 20, y en el marco mundial de los totalitarismos, la Argentina, sus intelectuales y sus políticos se plantearon nuevamente *la*

¹² Sobre el pensamiento de Joaquín V. González, Cf. Ferraro, L. J., 1999: 404.

¹³ Mallea, E., 1991: 12.

cuestión de la identidad nacional y su significado. En esta transición de la República liberal en donde la democracia no terminaba aún, de consolidarse, otros valores fueron revitalizados: la afirmación y defensa de la soberanía, el repudio a la hegemonía de los imperialismos económicos, la búsqueda de una política exterior independiente, la religión católica, la tradición, el hispanismo, el revisionismo histórico, entre otros. Aflora así, un discurso histórico polémico; de imágenes contrapuestas que abren un nuevo horizonte en la búsqueda de la nacionalidad; de otra Argentina, de otras ideas ausentes en el discurso liberal del siglo XIX.

Pero en ese nuevo tiempo los hombres y sus ideas no respondían al orden liberal y cuestionaron a la democracia. El año 1930 abrió el camino al autoritarismo y a un aparente desarrollo industrial y urbano, con su correspondiente movilidad social.

En la década siguiente se hará presente el populismo sustentado por un líder carismático cuyas líneas políticas marcaran fuertemente a la nación. Era *la Nueva Argentina* que prefiguraba un nuevo devenir histórico.

Las décadas del siglo XX serán de desaciertos con avances y retrocesos en el orden político-institucional, económico y social, pujando entre el desarrollo posible y el autoritarismo militar inserto en un contexto de “revolución cultural”. Defendiendo y enfrentando sus verdades y su identidad nacional.

La dialéctica entre peronismo y antiperonismo llegó a límites inimaginables cuando de ella se hizo cargo una ideología revolucionaria armada que se lanzó a la conquista del Estado. Fue la Argentina de los 70, conmovida, tambaleante, debilitada, enmarcada en un proceso inflacionario y en el estancamiento de la ilusión; la manifiesta falta de seguridad, la impunidad y la corrupción será la nueva realidad de las postrimerías del siglo XX.

Ha sido este último siglo corto en aceleración del tiempo histórico, pero intenso en acontecimientos y vicisitudes. Pero la fuerza presente en los últimos tiempos donde el ciudadano consciente de sus derechos, en un proceso de afianzamiento de las prácticas políticas, busca algo que no es nuevo: la necesidad de instituciones fuertes que reconstruyan el camino de la solidaridad social y el desarrollo sostenido.

En el caso de las instituciones políticas, nacidas de la modernidad, se presentan en los finales del siglo con una realidad internacional que erosionan su protagonismo y exclusividad. Hoy aparecen tiempos complejos, donde las fuerzas de integración y desintegración empiezan actuar simultáneamente: este es nuestro presente inmediato.

Como expresa el embajador Juan Archibaldo Lanús en, en su libro: *Un mundo sin orillas: ...las próximas décadas parecen anunciarnos un tipo de complejidad en que las fuerzas de integración y desintegración actuarán simultáneamente. Sin duda un tiempo de incertidumbre...* Y sostiene antes o después de ingresar en el siglo XXI deberá encontrarse un umbral de gobernabilidad para satisfacer las necesidades globales sociales e individuales de una población de mas de seis mil millones habitantes distribuidos en cerca de doscientos estados. Será un mundo sin centro, donde la conciencia planetaria existirá con el deseo de cada pueblo de reencontrar las raíces de su identidad¹⁴.

Entonces: ¿qué balance hacer? Hay, hoy, otros interrogantes, diferentes, a los de la centuria pasada. Nuevos asuntos que giran sobre los problemas que trae la llamada globalización. Ante este fenómeno, la cuestión de la identidad nacional adquiere una nueva perspectiva que difiere de aquella de la Argentina finisecular decimonónica. Hoy la crisis de identidad, creo, como lo señala Levi Strauss es *el mal del Siglo*. Su causa la pobreza, el desempleo, la violencia cada vez más irracional, las fracturas provocadas por la politización de las religiones y las etnias, los grandes flagelos a los derechos humanos, la revolución tecnológica, la ingeniería genética y sus desafíos a la moral natural, la exclusión social, el momento económico actual en el que se evidencia el privilegio del mercado por sobre la dignidad del hombre y la ética; el desprestigio de las clases dirigentes y las crisis de espiritualidad que se entroncan en la identidad cultural.

Problemas estos, y otros propios que permanentemente nos golpean. Toda época reconfigura y asigna un nuevo sentido a los elementos heredados del pasado; por esto, esos valores e ideas cobran significado para nosotros cuando traen una respuesta a los interrogantes actuales.

Nos hacemos eco del pensamiento de Natalio Botana cuando dice que hoy se ha entablado un conflicto entre *la República de la Virtud y la República del Interés*. Cuando analiza que el espacio económico no genera de por sí un sentimiento de identidad común, sino que por el contrario, los disuelve, y crea una antinomia entre virtud y mercado.

Sin embargo, la historia de un país comprende siempre un antes, un ahora y un futuro como parte del proceso histórico que integra una comunidad con una idiosincrasia propia, con rasgos étnicos-sociales y con un proyecto de vida común que marca un destino singular.

En palabras de Hugo Biagini: *...identidad como proceso de*

¹⁴ Lanús, J. A., 1996: 220.

*autoafirmación comunitaria e individual..., proceso que implica no solo sentir la pertenencia a una colectividad, sino experimentar también la propia personalidad única y singular*¹⁵.

Por lo tanto, este nuevo devenir histórico debe centrarse en interrogantes como: ¿quienes somos?, ¿qué queremos ser?, ¿qué papel asumimos frente al contexto mundial?

Entonces, creo, que habría que comenzar por realizar una de las tareas más importantes y necesarias como argentinos, un examen de conciencia, un balance de nuestro legado como Nación. Tener presente lo que somos, lo que tenemos, nuestras posibilidades y los problemas que integran nuestra realidad.

Como resultado del examen, creo que podemos aspirar a surgir como una Nación fuerte y segura de su ser, respetuosa de la justicia social, de los derechos y las libertades individuales, con una participación activa en la toma de decisiones por medio de organizaciones sociales que articulen valores, disensos y cosmovisiones distintas para ser llevadas e incorporadas al sistema político.

Y es necesario plantearnos los interrogantes en términos de futuro eligiendo metas claras, partiendo de las alternativas en función de los fines ya que el futuro de un pueblo, entendido como proyecto vital colectivo, puede en buena medida, ser regulado desde el presente. Es necesario ir a la esencia de las cosas frente al mundo materializado en que estamos insertos. Condicionar nuestro presente a una imagen previa del futuro querido nos permitirá ser contemporáneos del futuro. Observa José Luis de Ímaz¹⁶.

La centuria que ha finalizado en lo humano y material puede llegar a decepcionarnos. Pero cuando el hombre funda *sus más allá* en valores espirituales trascendentes es como una roca en medio de la tormenta. Y esto son válidos para todos los que constituimos la Nación Argentina. Por eso el inicio del tercer milenio, que hemos empezado a transitar, se halla lejos del fin de la historia que tan erróneamente proclamó Francis Fukuyama.

Bibliografía

ÁLVAREZ, Agustín (1934), **¿A dónde vamos?** Buenos Aires, Talleres Gráficos L. J. Rosso.

BIAGINI, Hugo (compilador) (1985), **El Movimiento positivista argentino**. Buenos Aires, Belgrano. Sobre positivismo véase Oscar Terán. 1987. **Positivismo y Nación en**

¹⁵ Biagini, H., 1989: 393.

¹⁶ Ímaz, J. L. de, 1968: 36.

- Argentina.** Buenos Aires, Puntosur.
----- (1989), **La Filosofía Americana e Identidad.** Buenos Aires.
- BUNGE, Carlos Octavio (1905), **Nuestra América. Ensayo de Psicología Social.** Buenos Aires, Librería Jurídica.
- FERRARO, Liliana J. (1999), **Joaquín V. González en torno a su ideal de República.** Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo (tesis doctoral inédita).
----- (2005), **Una aproximación al Reformismo Político de Rodolfo Rivarola. Prácticas, partidos y representación política en un espacio de opinión: La Revista Argentina de Ciencias Políticas. 1914-1916.** En Revista de Historia Americana y Argentina. 2^{da} Epoca, Mendoza, Instituto de Historia Americana y Argentina, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, N° 40.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1935), **Obras Completas, XXI.**
- ÍMAZ, José Luis de (1968), **Nosotros Mañana.**
- INGENIEROS, José (1988), **Las Fuerzas Morales.** Buenos Aires, Losada.
----- (1999), **El hombre mediocre.** Buenos Aires, Losada.
- LANAS, Juan Archivaldo (1996), **Un Mundo sin orillas. Nación, estado y globalización.** Buenos Aires, Emecé.
- MALLEA, Eduardo (1991), **Historia de una Pasión Argentina.** Buenos Aires, Sudamericana.
- PRÓ, Diego (1965), **Periodización del Pensamiento Argentino.** En **Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino.** Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, tomo I.
----- (1968), **Conflictos Axiológicos en las generaciones de 1837, 1896 y 1910.** Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- RENÁN, Ernest (1987), **¿Qué es una Nación? Carta a Straus.** Madrid, Alianza Editorial.
- ROIG, Arturo (1969), **Los Krausistas Argentinos.** México, Cajica.
- TERÁN, Oscar (1987), **Positivismo y Nación en Argentina.** Buenos Aires, Puntosur.

*

* *

